



PACIFICO

MAGAZINE



+ Que ayer

Vol. IX.—Santiago de Chile, enero de 1917.—Núm. 49.

— Que mañana

SEÑORAS

Por _____

Joaquín Díaz Garcés

Ilustraciones fotográficas

Si las sociedades que inician en Santiago cierto movimiento feminista bien orientado, continuaran solicitando colaboración literaria, de cuántos hombres son capaces de decir o escribir dos palabras, con mediano buen sentido, aunque no tanta novedad, a razón de dos o tres conferencias por semana, muy pronto no habrá ciudadano, inscrito en los registros electorales, que no haya lanzado, o dictado la suya, como se dice a veces como si alguien pudiera sentirse tentado a tomar apuntes. Yo no vengo ahora a esta sala como conferencista; estamos en una casa común, donde los miembros de la Academia Femenina y el personal de la Escuela de Bellas Artes, se conocen de saludo diario a lo menos. Pero, si alguna vez hubiera deseado con calor el dón de la oratoria, no de esa elocuencia vulgar que hace su camino por asambleas y hasta por congresos, sino de esa otra elegante, pulida, transparente y ática, que seduce y persuade, habría sido ahora. Y hace poco, mirando una noche el firmamento estrellado, recordé que cuando niño me enseñaron que para conseguir algo había que espiar el paso de un acrolito, y formular la súplica antes de que desapareciera en su caída, hasta el horizonte. Y me tocó la suerte de divisar uno muy grande; pero su paso fué tan fugitivo

que me quedé pensando en esta ambición y no alcancé a juntar la frase en la cabeza cuando ya había desaparecido para siempre. Iba a pedirle precisamente que me diera el poder de decir ahora cosas verdaderas y útiles, con forma liviana y delicada, y hasta con color y ternura, porque como sois artistas y además mujeres y además jóvenes, y tenéis el mundo por delante, no quería caer en el peligro de halagaros a fuer de cortés o de molestaros so pretexto de franqueza, ni tampoco dejar de entrar algo y con honradez en aquella parte del feminismo que os interesa.

Pasaron los tiempos en que un hombre de mundo podía preguntarle a su amigo: —“¿Qué prefieres tú que haga la señorita de la casa que visitas con frecuencia? ¿Que pinte o que toque el piano?” Y como el amigo no contestara nada, siguió dando curso a sus reflexiones, sugeridas por la experiencia personal: “Yo prefiero que pinte, porque con una tontería cualquiera que diga sobre el cuadro, salgo del paso; mientras que si toca, tendré que escucharla por fuerza, y, todavía, si la elogio, repetiré la pieza.” Hoy día ha progresado la educación, se ha hecho menos convencional, y no es obligatorio que una niña pinte mal y toque peor; se la enseña aquello para lo cual manifiesta más disposiciones;



Doña Antonia Salas de Errázuriz

o nada, que es lo que indican generalmente esas disposiciones. Y he aquí por qué, a los conferencistas que os hablen, señoras de la Academia Femenina, no se les podrá hacer cargo de snobismo y de halagar vuestros tímidos instintos de independencia; porque la mujer, hecha de sensibilidad, está en las artes en un terreno propio, por decirlo así, en que cosecha triunfos sin violentar su naturaleza y llegará a ocupar un sitio culminante. Le Bon ha dicho que las artes, y la música sobre todas, son el lenguaje de lo efectivo y de lo místico; las palabras, de lo racional; y agrega en otra de sus obras: "la mujer está demasiado confinada en lo efectivo y lo místico para poder ser muy influenciada por el razonamiento." Y hay una prueba de lo dicho, que he anotado en algún viejo artículo de prensa, y que he visto más tarde plenamente confirmada en obras de modernos tratadistas del feminismo: la sensibilidad de la mujer es poderosa en la imitación; por esto supera al hombre en el teatro y entra en grandes falanjes a las artes, principalmente a las decorativas; pero, cuando hay que subordinar la imaginación al razonamiento, para hacer ese trabajo de la selección, que es una verdadera creación, aparece más débil. Es curioso, agregan, que siendo la mujer la poesía misma, no nos haya dado un sólo gran poeta en todo el

mundo y en un siglo entero. Ha versificado admirablemente, y cuentan por centenares los nombres ilustres de poetisas, estrellas de mediana magnitud; pero la belleza absoluta, dominadora, que conmueve a las multitudes, que encarna el alma de una sociedad o de una aspiración universal, no ha estado a su alcance. Por eso no pasaré por feminista ni por halagador, si tomo muy en cuenta, como revelación de un hecho transcendental, el que en el Salón Oficial de este año hayan obtenido las mujeres, entre ellas, algunas niñas, cinco a más medallas de diez que se daban. Si hablara en un instituto de mujeres abogados, y expresara allí que sus miembros debían aspirar, y merecerían llegar, a los tribunales de justicia, se podría entonces sospechar de mi sinceridad. Se podrá hacer hasta milagros en la marcha del feminismo, y antes de llegar a la época estas maravillas, podrá la mujer conducir trenes expresos, manejar la artillería pesada y hasta los más poderosos barcos de guerra aéreos o submarinos; pero no logrará juzgar a sus semejantes sin pasión, porque habría dejado de ser mujer. Y esta incapacidad para juzgar la aceptamos serenamente, y a veces la envidiamos, ya que,—como aquella dama admiradora de un predicador a la moda que decía: "ha hablado del infierno como un ángel",—solemos exclamar: "La señora X. ataca de tal manera a Fulano, que es realmente una lástima que no tenga razón."

Pero he aquí que en vuestra profesión quedan solucionados muchos problemas y asperezas del feminismo, que inquietan no sólo a los hombres, sino también a las mujeres de noble corazón de todas las razas. Para dar rienda suelta a vuestros sentimientos, en la pintura y escultura, no necesitáis renegar de la tradición; por el contrario, si las ideas evolucionan, los sentimientos fundamentales no sólo permanecen sino que se van concentrando a medida que se precipitan en el fondo de las sociedades. en estas verdaderas aristocracias nuevas, y forman reserva y tesoro. Por ejemplo, la mujer artista, de cualquiera escuela que sea, no necesitará hacer alarde de masculinidad en su traje, de indiferencia religiosa o moral en las costumbres, no renegará de la vieja madre que reza el rosario ni de los niños que corren por la casa gritando y distrayendo más de lo conveniente, ni se creará autorizada, so pretexto de investigación o excitación artística, para leer libros que el honor impide aceptar, ni a usar terminología científica impropia del lenguaje y del sentido de

las proporciones en una mujer de buen gusto.

No renegaréis de las madres viejas, porque descubriréis en ellas, al través de rasgos banales, tesoros de observación que nadie mejor que una hija puede interpretar. Reconocéis que es verdad la reflexión de una gran escritora alemana: "cuando atravesamos las calles de una pequeña ciudad, y vemos alumbrarse unas tras otras las ventanas con las lámparas que presiden el bienestar tranquilo del hogar, pensamos en que ésta es la imagen de la vejez: crepúsculo afuera, claridad adentro; el fruto de la experiencia es la serenidad del alma." Y cuando miréis a los niños, no sólo como madres o hermanas, sino como pintoras y escultoras, no tengáis la vanidad egoísta de creer conocerlos, como quien mira un lago profundo desde la cima de un cerro. Hay que descender a la orilla; hay que habituarse a mirar hasta el fondo y descubriréis una emoción de paraíso, de mundo en creación, de esperanza, de ansiedad, de interrogación. ¡Qué misterio hay en los niños! ¡Dichoso el artista capaz de conservarnos los ojos de los niños, las sonrisas de las criaturas, esa eterna pregunta de sus almas! Una de vosotras, una joven y modesta artista, acaba de obtener una recompensa en el salón anual por un cuadro de un viejo y un niño, llamado "Amor Paterno". Ha superado en su obra a muchos hombres, sin abdicar de su temperamento esencialmente femenino, sino, por el contrario, afirmándolo. ¿Quién duda de que hay en esa pequeña tela un sentimiento íntimo, sincero y recogido que parece más **maternal**, que paternal? Un francés, gran escritor de arte, ha dicho: "En todo niño, la pequeña mano se esfuerza por retener algo más grande que ella y no puede; en el viejo la gran mano quiere tomar algo más pequeño que ella, y tampoco puede. En el cuerpo pequeño aplicado a un gran trabajo, todo músculo trabaja; hay más vida que materia; en el otro, por el contrario, hay una máquina que no trabaja entera y una musculatura que se agota; hay más materia que vida." Y en la risa que causa el primero y en la melancolía que causa el segundo, señoras y artistas, está la vida y la verdad, la poesía del hogar que forma las primeras capas de vuestra organización intelectual.

La joven artista lucha en Chile, dentro de su familia, contra un ambiente no sólo frío, sino hostil. Sea que se dedique al arte, como a una profesión para ganar su vida, sea que pretenda sólo mejorarse espiritualmente o crear una distracción, no

es estimulada en el hogar, si no presenta pronto alguna recompensa, o una prueba de que puede vender sus obras o merecer un viaje a Europa o recibir elogios diti-rámicos en los periódicos. De esta situación son responsables, por una parte, los padres ignorantes o indiferentes; pero reconocemos de que a menudo lo son las mismas artistas. El arte es un medio de comunicar con los demás, de producir corrientes de simpatía, de iluminar lo que está obscuro, de embellecer las fealdades; y por esto dice Guyau que el arte de los decadentes y desequilibrados es eminentemente antisocial, solitario, en todo caso. Si la joven con inclinaciones artísticas cree que debe comenzar por desentenderse de la vida doméstica, por exigir cuidados y admiraciones antes de tiempo, por mirar con hastío y como una indignidad los menesteres humildes, y no desentraña la poesía que hay en la regularidad misma de la existencia, y no trata de embellecer su hogar, aunque sea con palabras que irán filtrándose y mejorarán a los otros, no puede esperar que su inclinación sea recibida con entusiasmo. La artista no debe mirar como un sér inferior a la persona que está cerrada a la belleza; pero sí debe descubrir en ella la armoniosa y resignada adaptación de su vida a sus necesidades, la pro-



Señora Dora Puelma de Fuenzalida, presidenta del Círculo Femenino.

ducción inconsciente y permanente de belleza de los seres que la rodean, y entonces, en vez de despreciarlos, hágase su espejo y refleje y revele la dignidad callada de ciertos seres humildes, malamente llamados prosaicos. Y entonces la artista no será una solitaria, no se guardará con muda protesta sus sentimientos, sino que reflejará en torno suyo algo del sol que lleva en su espíritu.

Porque la artista no sólo debe hacer cuadros o esculturas, o decorar biombos, sino también enseñar, y no hacerlo con impaciencia, sino con esa dulzura serena de las **nurses** que acompañan en los jardines de Europa a los inválidos vueltos a la vida. Porque recordad que la fealdad y la inmoralidad o la bajeza de alma, son a menudo solidarias y que en Chile la fealdad reina y domina en todas partes. El hogar en que nace el niño es feo, fea la sirvienta que lo guarda, la madre misma usa sus vestidos más vulgares y su más descuidada toilette para estar con sus hijos, y se embellece sólo para salir a la calle; si la casa es muy pobre, la fealdad estará unida al desaseo, que la duplica; si es más rica, enseña generalmente la hipocresía, porque muestra un salón de aparato y un dormitorio sórdido; es decir, la pieza en que se está una hora al día, llena de luz y de aire, de agrado y de comodidad, y aquella en que se permanece ocho horas a lo menos, mal ventilada, mal alumbrada y tal vez estrecha; el comedor, donde se va por un rato a consumir los alimentos; ostentoso y limpio; mientras la cocina, el laboratorio donde se preparan esos alimentos, sucio, poblado de moseas y servido por la criada de más edad, de peor salud, de menos aseo. La escuela es un inmueble viejo con los pisos rotos; la calle un basural; la carnicería ostenta las piezas sangrientas, cubiertas de moseas, engrasando las puertas y los muros; las verduras y las flores mismas se afean en nuestras calles populares por la sucia tabla en que están colocadas y en fin, desde que amanece hasta que anochece, en la sombra permanente de esta ciudad mal alumbrada, la fealdad es un torrente que lo inunda todo, y que impide el vuelo de los espíritus y nos hace mal humorados y prosaicos y negados a ver la belleza, a todos los habitantes.

El gran escultor Biondi me hizo ver el año 10, en su taller de Roma, su proyecto de una fuente monumental que ofrecía construir para Chile. Era la base una gran taza de piedra oscura, llena de plantas y algas verdes de aguas estancadas, que debían darle cierto misterio tenebroso. En

las aguas estaba posado un gran caracol de algunos metros de altura, que formaba la silueta original de la obra. Entre las plantas acuáticas flotaba la masa deformada de un monstruo o cetáceo que alargaba hacia el caracol y lo envolvía en él, una rama o brazo, o tentáculo, que a medida que subía se transformaba en una forma más acabada de lagarto gigantesco, hasta tomar la extremidad de una pierna que remataba en un torso humano, con músculos, sobre cuyo cuello tronchado ponía sus plantas perfectas una Venus bellísima, que aparecía sentada en la cúspide del caracol en el triunfo total de la idea. La fuente de Biondi carecía de la primera condición del monumento: la claridad. Era necesario explicar ese gran símbolo de la evolución, entrar en disertaciones filosóficas, tan impropias en la obra plástica como en la musical. Pero, más tarde, después de mirar una y otra vez la fotografía de la **maquette**, cuando llegué al país, he visto que esa fuente es una imájen muy exacta de nuestra marcha social: estanque oscuro y detenido de los barrios populares que la autoridad desatiende; formas rudimentarias y viscosas de la educación que alarga impotente sus tentáculos hasta el lagarto cortado de las instituciones políticas; en seguida, torso descabezado que simboliza el trabajo vigoroso de la raza chilena sin dirección; y, al fin, lo único completo, ordenado, que es realmente la mujer buena, educada, inteligente y bella de nuestro país. He aquí, materialmente tratada, la misión de la mujer en todos los campos sociales; y también en el arte: no quedarse en la cumbre, no mirar con desprecio o miedo hacia abajo, descender la espiral del caracol y amoldar las formas primitivas para que asciendan a colarse junto a ella. La Academia Femenina puede tener, como realmente tiene, estos dos objetivos: hacer que cada casa de la ciudad abra, aunque sea una sola ventana hacia la belleza; defender las tradiciones sociales, porque todo progreso es evolución y sale como la criatura de la madre, como el agua de la fuente, y no surge por generación espontánea. Y recordad que el sentimiento religioso, no como superstición, sino como creencia, es una levadura poderosa de educación de las almas y de la nobleza de los ideales. Víctor Hugo ha dicho que lo que hace al hombre bueno, paciente, fuerte, libre y apreciador de la belleza, es tener delante de los ojos la perpetua visión de un mundo mejor que mande sus rayos al través de las fealdades de la vida.

La Academia tiene otro objeto: reunir a las damas que cultivan las artes, primero



El Directorio: Presidenta, señora Dora Puelma de Fuenzalida; vicepresidenta, señora Sofía Barros de Jara; secretaria, señorita Ester de Ugarte.

como medio de organizar sus fuerzas, para presentarse con acción más eficaz e independiente delante de los hombres que, o son egoístas, o miran con celos la dedicación de la mujer a las bellas artes, o parecen proteger con su condescendencia.

El vasto título dado a esta conferencia me obligó a un prólogo muy extenso. Habría deseado hablaros, en detalle, del movimiento femenino artístico en Inglaterra, Francia, Rusia, Italia y Austria, cuyos datos puedo seguir con mucha conciencia en los Congresos Internacionales de Obras e Instituciones Femeninas; pero, debo ahora limitarme a líneas generales, dejando para sucesivos capítulos el análisis.

La entrada de la mujer en el campo literario es mucho más antigua y trae reflejos prestigiosos de las auroras del renacimiento italiano; pero su intervención en las artes comenzó tímidamente y alcanzó desarrollo con estímulos de alto linaje. Mientras se revelaban en Francia, unas tras otras, las mujeres artistas, algunas soberanas y grandes damas, salvaban en Inglaterra y Flandes, en Italia, Rumania y Rusia, tal vez en otros países también, labores domésticas nacionales, que tenían profunda base artística: encajes, tapices, porcelanas, cincelado y repujado del cuero,

esmaltes y cerámica. Hace poco, una reina ha llamado a toda la aristocracia de su país a trabajar por hacer en Milán un centro refinadamente artístico de la moda italiana. ¡Eran los risueños tiempos de la paz y de la confianza!

El año 96 está señalado en la historia del feminismo artístico, con la aprobación de la ley francesa del 20 de noviembre, que permitía por primera vez la entrada de las mujeres a la Escuela de Bellas Artes. Reconozcamos que los chilenos hemos sido menos solemnes y más igualitarios. En el Congreso de Artes Decorativas, celebrado poco antes, una escultora genial, Mme. Leon Bertaux, había propuesto y hecho apróbar un voto pidiendo la admisión de las mujeres en todas las escuelas de arte puro y aplicado. Solamente en 1903 fueron aceptadas las alumnas femeninas como concursantes al premio de Roma, es decir, a un viaje de tres años como pensionistas del Gobierno en la maravillosa Villa Médicis, y a una visita a Grecia y Egipto. Los nombres franceses de Mme. Vigée-Lebrun, y después de Rosa Bonheur, León Bertaux, Madeleine Lemaire, Nelly Jacquemart, Louise Abbéma, y otros como Claudel, Clovis Hughes, Coutan-Montorgueil, manifestaron que las mujeres tenían

abierto en Paris, es decir, en el mundo, el camino de las artes. Pero la artista en Europa, no entra sólo por gloria y originalidad social en el arte, sino para suplir la dote ó la fortuna. “¡Ah! Para llegar, para vencer, dice una señorita Breslau a un periodista, se necesita pelear como Pieles Rojas”. Y ésto, dicho en un momento de nerviosidad, por una mujer condecorada con la Legion de Honor, es algo revelador. Otra gran artista en las artes decorativas, especialmente en el trabajo del cuero, Mme. Wallgren, mujer de un notable escultor, Willé-Wallgren, que tuvo tal vez la iniciativa de aplicar los procedimientos de escultor a los cueros para libros de lujo, modelando en la cera para hacer los bronces con los cuales repujaba la piel, y descubriendo las patinas más raras y delicadas para colorearlos, dice lo siguiente: “Creo que las mujeres pueden triunfar en el arte decorativo; pero con una condición.

Las niñas que se han arrojado sobre el cuero, el pirograbado, los esmaltes, han desacreditado el arte, lo han puesto en ridículo. Si quieren decorar mediocrementemente, que se abstengan de trabajar. Ninguna de estas niñas que se creen con talento porque el profesor las felicita y las mamás se complacen con sus objetos, será capaz de ganarse la vida con las carpetas para papel secante, marcos, pastas de libros, cofrecitos y cinturones que inundan los bazares de todo el mundo. La mujer que quiera vencer, deberá entrar a una escuela, a un taller, y trabajar incansablemente en el dibujo y en el modelado, antes de tocar un trozo de piel o de tomar la composición de un esmalte.”

Para ayudarse en esta lucha, las mujeres artistas se han reunido en numerosas sociedades. En ellas se defienden del hombre tirano, y buscan la manera de llegar con sus productos hasta la venta segura.

Algunas de estas instituciones son ingeniosas hasta la extravagancia y merece nombrarse las de “Las Misteriosas”, cuyos miembros, artistas de teatro en su mayoría, se presentan a tomar parte en los conciertos y fiestas, sea que canten, declamen o toquen, con una careta sobre el rostro. Se ha hablado de ellas, y eso era lo que deseaban.

Pero, no es éste el caso de las artistas chilenas, por regla general. Si casi todas desean ganar independencia con su arte, son numerosas las que tienen guardadas las espaldas contra las adversidades de la vida. Y por eso me he extendido más en hablar de la influencia social altísima y patriótico.

Acaba de llegar a mis manos un pequeño librito, de una distinguida escritora, gran dama de nuestra sociedad, la señora Amalia Errázuriz de Subercaseaux. Es una breve vida de una chilena, llamada “El Angel de la Caridad”. Doña Antonia Salas de Errázuriz, que nació en 1788 y murió en 1867, fué, junto con esas señoras ilustres y aristocráticas de nuestra independencia, inteligente, generosa, educadora y caritativa. La autora nos dice, al final de sus páginas inspiradas: “La memoria de esa mujer, que ha personificado en Chile la caridad, merece ser revivida; su figura amada y venerada de un pueblo entero, merece recibir forma en la escultura y ser colocada en un sitio de honor en nuestra sociedad.”

Pues bien, señoras; sería un hermoso sueño realizado, ver, a la sombra de los árboles de nuestros paseos, el monumento erigido a la chilena de ayer, esculpido por una chilena de hoy; porque esto significaría con elocuencia que la cadena femenina del amor, de la bondad, de la caridad, no se ha cortado entre nosotros, ni puede cortarse, y en cambio se ha coronado con tesoros de arte y de fantasía.

